

EN LA PIEL DE IOSHUA

LORENA BERMEJO

Modalidad de Narrativa



RECUERDA QUE NO HAS DE VIVIR

SEBASTIÁN MONTIEL

Modalidad de Poesía



LÁUDANO

JOSÉ LUIS LOZANO ARENAS

Modalidad de Texto dramático



© LORENA BERMEJO
© SEBASTIÁN MONTIEL
© JOSÉ LUIS LOZANO
© UNIVERSIDAD DE GRANADA

ISBN: 978-84-338-6475-8 • Depósito legal: Gr./711-2019

Edita: Editorial Universidad de Granada

Campus Universitario de Cartuja. Granada

Fotocomposición: María José García Sanchis. Granada

Diseño de cubierta: José María Medina Alvea. Granada

Imprime: Gráficas La Madraza. Albolote. Granada

Printed in Spain

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

LÁUDANO

JOSÉ LUIS LOZANO ARENAS

T E X T O D R A M Á T I C O

A Esther

*Su mayor alegría hubiera sido que esa camisa
que está tendida ahí fuera
no se hubiera desgastado tan inútilmente.*

Lauro Olmo (1960)

PERSONAJES

MARTÍN: Hombre. Cincuenta y un años.

LEOPOLDO: Hombre. Cincuenta y cuatro años.

MAICA: Mujer. Cincuenta años.

SILVIA: Mujer. Cuarenta y seis años.

CARLA: Mujer. Cuarenta y tres años.

ESCENA 1

(Un salón. A la izquierda, un buró de época, donde hay amontonados un montón de papeles, también reposa una radio despertador y una lamparita; enfrente una silla, donde está sentado un hombre, MARTÍN, leyendo, vestido con camisa y corbata. Un sofá naranja en el centro del escenario; una ventana justo detrás)

MARTÍN: *(Mientras lee sobre el buró)*. Bueno... bueno...

(Se escuchan unas pisadas desde la lejanía. El escenario únicamente está iluminado por la lamparita del buró)

MARTÍN: *(Habla a sí mismo)*. Este giro... No, no es un lugar común; diablos, no hay ni un solo lugar común. Es... *(Continúa pasando páginas, pero no las lee, solo parece revisar fragmentos cien veces leídos; se detiene en un fragmento concreto y comienza a leerlo en voz alta)*. «¡Mi bien! En mí has impuesto un régimen colonial yo solo vi las luces. Llegaste sobre las caraberas celestes, asesinaste a todos mis indígenas, encontraste los tesoros, levantaste escuelas donde los criollos evangelizan a sus niños, coronaste con banderas. ¡Todo lo hiciste ruina! Deconstruiste los ídolos, encontraste el agua, organizaste las

cosechas, nombraste sacristanes que enseñan a leer los libros de espuma, levantaste un puesto de sal, enseñaste a interpretar los árboles de símbolos... Diste nombre a Dios y lo encantaste: te has hecho patria entera».

(Pausa)

MARTÍN: Parece escrito sobre los ángeles... *(Duda)*. No puede ser... O sí...

(Se escucha un timbre)

MARTÍN: De genio. Será una obra maestra, un clásico. ¡Demonios! ¡Un clásico!

(Vuelven a llamar al timbre. Se dirige hacia la derecha y abre. Martín abraza a LEOPOLDO, sin saludarlo verbalmente)

MARTÍN: Pasa, pasa.

LEOPOLDO: Estás en penumbra, muchacho.

MARTÍN: Aguarda.

(Martín se dirige hacia la izquierda y aprieta un interruptor de la pared; el escenario se inunda de una luz blanca artificial)

MARTÍN: *(Mientras apaga la lamparita del buró)*. Solo tengo café; tampoco está recién hecho, pero...

LEOPOLDO: Ya es muy tarde para café, esta noche no vas pegar ojo.

MARTÍN: *(Observa la ventana del fondo, retira levemente la cortina)*. Ya se están guardando los obreros.

LEOPOLDO: Hasta mañana, supongo.

MARTÍN: Siéntate, joder.

LEOPOLDO: Habla bien, muchacho.

(LEOPOLDO toma asiento en el sofá naranja del centro; antes, revisa los legajos que hay sobre el buró)

LEOPOLDO: ¿Los has leído todos?

MARTÍN: Sí. ¿No puedes buscarte un problema con esto?

LEOPOLDO: Lo hago todos los años, todo el jurado lo hace; un año, por poco nos retiran la plaza porque nos pilló el secretario; menos mal que logramos convencerlo.

MARTÍN: No hay que tener la piel tan fina.

LEOPOLDO: (Da una vuelta por el escenario). Ni tomárselo tan en serio. ¿Qué? ¿Qué te parece? ¿Hay algo que te merezca la pena? A mí...

MARTÍN: (Se congela. Habla rígidamente). Sí... Demonios, sí.

LEOPOLDO: (Se gira extrañado). ¿Cuál?

MARTÍN: ¿Tengo que aclararlo, Leopoldo? (MARTÍN vuelve a mirar a través de la ventana).

LEOPOLDO: Tú dirás, entonces. No hay nada bastante bueno, la verdad; de hecho...

MARTÍN: (Rehúye su mirada). Hay... ¡Diablos! Lo sabes, Leopoldo, todo el jurado debe saberlo ya; hay uno que... No es magnífico, no. ¡Será más aún! ¡Será un clásico! ¡Joder!

LEOPOLDO: ¡Esa boca, muchacho!

(LEOPOLDO, con lentitud, reflexionando, saca un cigarrillo. Ofrece mudamente otro a MARTÍN, que toma; ambos comienzan a fumar. MARTÍN alarga un cenicero de plástico a LEOPOLDO)

LEOPOLDO: No le digas a nadie que te lo he dado.

MARTÍN: No, no. (*Expulsa un nimbo. Señala el buró*). Lo tendrán ya más que claro, imagino...

LEOPOLDO: Nunca se sabe, nunca se sabe; esto de los premios se parece mucho a la política, a veces hay sorpresas... No siempre gana el adecuado. De todos modos, solo van a anunciar los tres finalistas. Y ya se sabe, ya se sabe... Es bueno no tomarse las cosas tan en serio.

MARTÍN: Solamente hay una que se puede leer.

LEOPOLDO: ¿Qué ocurre con las otras?

MARTÍN: Las otras son... mediocres. Cuanto menos, mediocres. Ensalzan los lugares comunes, son vagas, gratuitamente obscenas, sin brío, nada nervudas... ¡Ni siquiera llegan a gesto! Además, hay pocas... Muy pocas, Leopoldo.

LEOPOLDO: Pues ya ves, muchacho; cómo está el teatro.

MARTÍN: Eso aumenta mis opciones.

LEOPOLDO: (*Fuma despacio*). ¿Te suena alguna?

MARTÍN: La tercera... La tercera... ¡Diablos, Leopoldo! ¡La tercera será un clásico! No se ha escrito nada igual para un teatro. Puede ser, ¿no? O... Bueno, puede ser...

LEOPOLDO: ¿Pero la reconoces? ¿Te acuerdas de algún parlamento en concreto?

MARTÍN: ¡Quiere acordarse! ¡Mi mente, a pesar de vieja y calva, quiere acordarse! Y si así fuera...

LEOPOLDO: ¿Y si la estás sobreestimando? ¿Y si no has leído aún nada de teatro? Es un premio de instituto...

MARTÍN: *(Apaga el cigarrillo frente a LEOPOLDO, que sostiene el cenicero sobre una mano).* ¿Sobreestimar?

(MARTÍN se acerca al buró y recoge un legajo de papeles)

MARTÍN: Mira... *(Con sus ojos, escarba, en pie, entre las líneas).* Mira... A ver... ¡Cualquiera! *(Lee).* Alarga la mano hasta la clavícula. *(MARTÍN acerca su mano a la clavícula).* Justo antes de embarcar, pensé «yo me quedo, yo me quedo, aunque tenga que engullir las piedras del suelo».

(Pausa. LEOPOLDO expulsa nimbos grisáceos)

MARTÍN: ¡Yo me quedo! ¡Yo me quedo! ¡Aunque tenga que engullir las piedras del suelo!

(Pausa breve)

MARTÍN: ¡Demonios! ¡Aunque tenga que engullir las piedras del suelo! ¿No es magnífico? ¡Dime!

LEOPOLDO: *(Termina el cigarrillo y lo aplasta contra el cenicero; después lo suelta sobre el buró).* Es... Es alarmantemente magnífico.

MARTÍN: ¡Tiene música! ¡Será un clásico!

(*MARTÍN se acerca a la ventana, pone su mano sobre la frente*)

MARTÍN: (*Con tono muy calmado*). ¿Qué ha dicho el jurado?

LEOPOLDO: Tiene decidido el ganador desde hace cuatro días. De hecho, algunos ni se molestaron en leer los demás inéditos; al llegar justamente a ese (*Señala la mano de MARTÍN que sujeta el legajo*) ya habían tomado una decisión. De todos modos, por puro trámite, hay que anunciar tres finalistas; ya se sabe, la prensa local, las entrevistillas...

MARTÍN: ¿A qué hora se publicará el fallo?

LEOPOLDO: Antes de media mañana. Seguramente a primerísima hora, para quitárselo rápido de en medio.

MARTÍN: No hay quien aguante hasta mañana.

LEOPOLDO: Oye, muchacho...

MARTÍN: (*Revisa los papeles*). ¿Esa misma mañana? No... Pero todo se deshace... Es tan pronto... No me suena tanto... Esta sí...

LEOPOLDO: El tema del instituto... Me ha preguntado hoy la jefa de estudios adjunta...

MARTÍN: ¿Y la entrevista? ¿Habrà entrevista?

LEOPOLDO: En el fondo tiene razón; no depende de ella, sino del Ministerio, es pura burocracia, solo tienes que ir un solo día a trabajar, para demostrar que no hay renuncia, sin más...

MARTÍN: (*Toca su frente*). Solo tengo que acordarme, solo tengo que acordarme.

LEOPOLDO: ¿Muchacho?

(*Pausa*)

MARTÍN: (*Con entusiasmo*). Bueno, bueno... Ah... Es... Va a dar juego.

LEOPOLDO: (*Se acerca a él*). Me crucé con Maica hace un par de días.

MARTÍN: (*Le interrumpe*). Creo que...

LEOPOLDO: Ahora parece otro ser humano.

MARTÍN: Sí, es lamentable; ahora tiene la cabeza en otras cosas.

LEOPOLDO: La edad, ya se sabe...

(*Pausa. MARTÍN mira de nuevo por la ventana. LEOPOLDO se levanta y se dirige hacia la derecha; MARTÍN lo acompaña y le abraza. Sin despedirse verbalmente, LEOPOLDO sale*)

(*Se escucha un clic; la radio despertador emite un ruido de emisora no sintonizada correctamente*)